

que hasta el día se conserva, y yo mismo la adoré y besé varias ocasiones para ganar la indulgencia. Pasado el Valle de Josafat, llamado así porque allí se deja ver aun el día de hoy, el magnífico Sepulcro de este rey, está el huerto de Getsemani, donde se ejecutó la prision del Redentor. Aun existen allí ocho olivos, que en la grosura de sus troncos, tortuosidad, y aridez de sus ramas, manifiestan claramente la verdad de la tradicion que afirma haber sido ellos testigos de aquel funesto catástrofe. De los huesos de las pocas aceitunas que dan estos olivos, forman los religiosos algunas coronas que son muy estimadas, y á mí me dieron algunas. Se conserva en el dicho huerto el lugar donde se ejecutó la prision, y el que ocupaban los Apóstoles cuando estaban dormidos, y está á un tiro de fusil la dicha gruta á donde se retiró el Señor solo á orar en aquella triste noche, y á donde la formidable representacion, no solo de los trabajos que le esperaban, sino principalmente la de nuestras culpas y mala correspondencia, le hicieron sudar sangre. En esta venerable gruta tuve yo el consuelo de celebrar una vez, y hacer oracion delante de una imagen devotísima del Señor que se venera allí, manifestando el pasaje muy al vivo.

De Getsemani pasé á ver el lugar del martirio de S. Estevan, y aun se deja ver el cuerpo del Santo, estampado en una peña viva, donde cayó oprimido de las piedras que le arrojaron. De aquí me volví á Jerusalén entrando por la puerta que llaman de S. Estevan.

Al día siguiente volví á pagar á los turcos, y salí á visitar la casa del Sr. S. Joaquin que ahora es un templo bien formado, y allí segun la tradicion, fué concebida en gracia, y nació al mundo la Reina de los cielos. ¡Qué lástima me causó el ver

este lugar tan digno de veneracion y de respeto, convertido en alvergue de camellos! ¡Aun mas compasion me dió el ver el santo lugar donde fué azotado nuestro Señor Jesucristo convertido en muladar! No han podido los pobres Religiosos rescatar del poder de los turcos estos Santuarios tan venerables, para tenerlos con el aseo y decoro que se merecen. Enfrente de este lugar estaba el palacio de Pilato, y allí mismo la escalera que subió nuestro Señor despues de azotado, la cual arrancó santa Helena, y la trasladó á Roma, y hoy se venera en un templo inmediato á S. Juan de Letrán, y yo allí la he subido de rodillas tres ocasiones.

El palacio de Pilato está casi todo arruinado, y solo subsiste el pretorio, que segun la tradicion, es el mismo en que fué presentado nuestro Señor, y afirman que es el único que quedó en pie en la destruccion de Jerusalén, como eterno monumento contra aquel ingrato pueblo, que allí mismo desconoció á su Señor, y se cargó de su sangre. Esto llaman el arco del *Ecce-Homo*, y pasa de una á otra parte de la calle. Aquí regularmente terminaba yo todos los días mi peregrinacion para irme despues al Monte Calvario por la calle de la Amargura que aquí principia, y termina en la puerta Judiciaria, en donde finalizaba la ciudad antiguamente, y en donde se deja ver una gran columna, en la que dicen fué fijada la sentencia contra nuestro Señor. Lo que resta de aquí de camino hasta el Calvario, no se sabe ciertamente si es el mismo que llevó Jesucristo, porque entonces era campo, y hoy está allí cargada la principal poblacion. En la tarde salí á ver la cueva de Jeremias, que está al norte de la ciudad, y los sepulcros de los reyes, que distan de ella como una milla.

El día 22 habiendo encargado que me lle-



vasen algo de comer al Monte Olivete, dicha la Misa muy temprano en el Monte Calvario, me fui para Bethania, que dista de Jerusalén como tres millas al oriente. visité allí la casa de santa Marta, entré al sepulcro de Lázaro, y hecha oracion para ganar la indulgencia, pasé á ver el lugar donde estaba la casa de santa Maria Cleofas, visitada muchas veces de Jesucristo y su santísima Madre, como parienta inmediata; de esta casa solo existen los cimientos. Frente de ella, como á un tiro de pistola, está una gran piedra durisima, de color pardo, y hay tradicion que en ella se sentaba muchas oca-siones nuestro Señor cuando iba á Bethania, y se gana indulgencia rezando allí un Padre nuestro; desde este lugar se descubre el Mar muerto en donde se sepultan y se pierden las aguas del Jordan. En este lago estuvieron antiguamente las ciudades nefandas, sobre las cuales llovió fuego la divina justicia, y las dejó reducidas á cenizas. Tal vez por esto se observa que aquellas aguas son fétidas y jamás crian pez alguno. Despues de haber visitado todos estos religiosos monumentos, tomé con mis compañeros, una senda estrecha y pedregosa, y fatigado del sol y del camiao, me senté bajo la sombra de un grande almendro; y dispuso la Divina Providencia que por allí pasara una turca jóven, que traía agua de una fuente, ésta nos dió de beber, y tambien unas ciruelas que bastante me refrescaron. De aquí seguimos nuestra ruta por Betfage, que es lugar en donde Jesucristo montó en el jumentillo para hacer la entrada triunfante en Jerusalén. Despues nos dirigimos al Monte Olivete; y habiendo conseguido que el turco nos abriera aquel Santuario, entrando en él, adoramos y besamos aquella sagrada huella que dejó estampada nuestro Salvador quando de allí subió á los cielos. La otra huella la

cortaron y la ocultaron los turcos, porque dicen que es de Mahoma. Al salir de aquí descubrimos al mozo que nos traía de comer, lo que ejecutamos debajo de un grande olivo en el mismo monte Olivete, desde cuya altura es pintoresca la vista de Jerusalén. Bajando del santo Monte, llegamos á una capilla antigua edificada por santa Helena, por haber sido aquel el lugar desde el cual, viendo nuestro Señor á Jerusalén, lloró sobre ella profetizando su ruina. Cerca de esta hay otra iglesia destruida, en donde compuso nuestro Señor el Padre nuestro, y al lado está otra donde los Apóstoles compusieron el Credo. Pasando despues á un lado del Huerto de Getsemaní, descendimos al profundo del Valle de Josafat, y llegando al Templo en donde está el Sepulcro de la santísima Virgen, lo encontramos cerrado, pues los Griegos cismáticos, en cuyo poder está este tesoro, luego que hacen sus officios, cierran y llevan las llaves á Jerusalén; no por esto perdí las esperanzas de verlo, como lo verifiqué despues, y adelante diré. Entramos finalmente, á la ciudad, y pasando por nuestra acostumbrada ruta de la calle de la amargura, llegamos al convento del santísimo Sepulcro.

El 23 de Junio, dicha la Misa muy temprano en el santo Monte Calvario, salí á pié con mis compañeros, y me dirigí á las montañas de Judea, que hoy llaman S. Juan, para celebrar la fiesta del divino Precursor, en aquel mismo lugar en que tuvo su dichoso nacimiento. En el camino pasé por una cañada, poblada de algunos árboles, y enmedio ví un Monasterio de Monges griegos cismáticos, y un templo muy antiguo; y es tradicion que en aquel mismo lugar fué cortado el árbol de que se formó la Cruz de nuestro Señor. Mas adelante se ven unas ruinas que dicen ser de la casa de Obedenon, donde



estuvo depositada la Arca. Poco antes de las once llegué muy cansado á S. Juan, aunque solo dista unas cuatro millas, pero el camino es muy doblado y montuoso. En la misma casa que era de S. Zacarias, hay ahora convento de Religiosos Franciscanos: éstos me recibieron con caridad, y me proporcionaron el decir Misa en el lugar donde nació el Precursor, y oí cantar el *Benedictus* allí mismo donde por primera vez lo entonó S. Zacarias, lo que me causó no pequeña complacencia.

En el mismo dia de S. Juan en la tarde, me fui con los Religiosos á visitar una casa muy antigua, que está situada como en medio de una montaña, vecina al Convento, la que fué casa de campo de S. Zacarias, y allí se hallaba el santo con su familia cuando la Madre de Dios fué á visitar á su Esposa. Entramos en ella los Religiosos, y despues todo el pueblo de católicos que atrajo la festividad del dia, y encendido el altar, y poniéndome la estola, me hicieron cantar el Evangelio que comienza: *Exurgens Maria, etc.*, y al llegar á aquellas palabras: *Et ait Maria*, entonaron los Religiosos solemnemente el Cántico del *Magnificat*, en aquel propio lugar donde la primera vez lo entonó Maria santísima. Al dia siguiente le supliqué á una turca, que me alquilara tres jumentós, y nos acompañara á enseñarnos el desierto del Bautista. Así lo verificó, y llegando á aquel lugar que dista como tres millas, entré en la cueva, que está en lo alto de una roca, y tiene bastante capacidad; fué ésta la habitacion del Bautista casi toda su vida, y aquí estuvo haciendo áspera penitencia un hombre santificado desde el vientre de su Madre. Al pie de esta horrible gruta sale una pequeña fuente de agua hermosa y cristalina. Desde aquí se vé Modin, pátria de los Macabeos, de donde salió en un tiempo la

libertad de Israel. Subimos despues á lo alto de la montaña, y vimos el lugar en donde el mismo Bautista sepultó á su madre santa Isabél, y luego nos regresamos al convento.

El dia 26 partimos de allí para Belén, y en el tránsito ví un campo grande de rosa que nosotros llamamos de Castilla, y un Terebinto de grandeza extraordinaria. Pasé despues por el Sepulcro de Raquel, que está á las inmediaciones de una pequeña poblacion que antiguamente se llamó Ramá, y es aquella de que hace mencion S. Mateo, hablando de la degollacion de los Inocentes. *Vox in ramá audita etc.*: hoy se llama Batichela. Ya de aquí está inmediata la ciudad de Belén, pátria de David, del Señor S. José, y del Apostol S. Matias, y lugar escogido por el Verbo Eterno para nacer al mundo. La vista, aunque lejana, de esta feliz poblacion, alegra naturalmente el corazon de un cristiano, porque se le representan las ternuras de un Dios niño. Las campiñas están cubiertas de árboles frutales: lo que mas abunda allí es la higuera y el olivo. Sobre la dichosa cueva donde nació el Salvador, está el convento de Franciscanos, el de Griegos y Armenios, lo mismo que en el santísimo Sepulcro. Luego que entramos en el convento, nos fuimos á visitar el lugar del nacimiento, el del pesebre, el de la adoracion de los Reyes, el sepulcro de las Santas Paula, y Eustoquia su hija, el de S. Gerónimo, y la habitacion de este santo donde tradujo la Biblia; todo esto está dentro de la misma gruta, ó cueva de Belén. En la tarde fui á visitar la gruta donde estaban los pastores cuando el ángel les apareció á darles la feliz nueva. Distará esto de Belén como dos millas, y despues fui á ver la aldea donde habitaban estos dichosos pastores. Regresando de allí y entrando á Belén, visité una de



vota hermita de la santísima Virgen, que aseguran los habitantes del país ser el lugar en donde se alojó la Reina de los cielos despues de su divino parto, hasta que de allí emprendió la fuga para el Egipto. Dicen tambien que allí mismo derramó la Señora algunas gotas de su sagrada leche, por cuya causa cuando las madres se ven escasas de leche para sustentar á sus tiernecitos hijos, ocurren á este lugar, y tomando de una tierra blanca que se encuentra en lo interior de la hermita, y bebiendola desleida en agua, consiguen por lo comun la abundancia de leche que necesitan. Es esto en tal grado, que las mismas turcas allí ocurren por el remedio en esta necesidad, y casi de su cuenta corre que no falte el aceite para las lámparas de aquella devota hermita. La miran con tal respeto y veneracion, que allí van los dichos turcos á hacer los juramentos que jamás han de violar.

El 27 dije Misa en la cueva de Belén, y en la tarde asistí con vela como peregrino, á la procesion que se hace diariamente en aquel devotísimo Santuario, y ví asimismo á los infantitos, que apuntando con sus pequeñitos dedos el lugar del Nacimiento cantaban con melodía: *Hic notum fecit Dominus, Alleluja, Salutare suum, Alleluja.* Despues de esto, en la misma tarde me despedí de los Religiosos, y me volví á Jerusalén á pié, pues solo dista cinco millas. A la mitad del camino se deja ver una peña, y en ella como estampado el cuerpo de un hombre, y dicen ser del santo Profeta Elias, que allí reposaba algunas veces; y como desde este punto se descubre al mismo tiempo Jerusalén y Belén, dicen que el santo Profeta cuando veía á Belén reía, y cuando miraba á Jerusalén se deshacia en llanto, porque sabía que en Belén había de nacer el Verbo, y en Jerusalén le habian de quitar la vida.

Avanzando un poco mas para Jerusalén, se reconoce el lugar donde volvió á aparecer la prodigiosa estrella á los Reyes Magos cuando salian de Jerusalén, y los condujo á Belén. En este sitio hay una cisterna enmedio del camino. Finalmente, pasando vecino al monte del mal consejo, en el cual se descubren unas casas, en donde segun tradicion, se reunieron los Judios por primera vez á maquinare la muerte del Salvador, llegué al Valle de Gion donde fué ungido Salomon, y por último, entré en Jerusalén.

El dia siguiente dije Misa en el Altar de nuestra Señora de los Dolores, que está en el mismo Monte Calvario, y como el convento de los Religiosos estaba cerrado por el temor de la peste, siempre me revestia para celebrar, en el mismo lugar donde apareció Jesucristo resucitado á santa Maria Magdalena. Esta circunstancia de estar todos encerrados por el temor de la peste, que solo se comunica por el contacto, me proporcionaba á mí la mayor libertad para estar solo en aquel santo lugar todo el tiempo que queria. Por las noches me iba solo al Calvario, y me estaba mucho tiempo postrado en el mismo sitio donde fué tendido nuestro Señor Jesucristo, sobre el madero de la cruz, y cruelmente clavado, y le suplicaba á su Magestad, que por los tormentos que en aquel lugar sufrió por nuestro remedio, se compadeciera de mí, de mis parientes, de mis amigos, de mis bienhechores, y de toda la América ni amada patria. Tambien le pedía rendidamente que el precio infinito de la Sangre que allí derramó por el género humano, no se malograra en la perdicion de tantos infelices, hereges, cismáticos, etc. En fin, hacia allí mis súplicas conforme me dictaba mi corazon enternecido. Lo mismo practicaba en el sitio venerable donde



murió el Inmortal, y con afecto de mi alma besaba mil veces con boca y ojos, y metia mis manos en aquel sagrado agujero, donde fué fijada la santa cruz, y por donde corrió la sangre caliente del Redentor. Confieso ingenuamente que jamás habia sentido mayor consuelo mi espíritu, que en estos santos lugares. En el silencio de la noche me bajaba del Calvario á la gran lápida donde fué ungtido el Cuerpo del Salvador, y despues me entraba al santísimo Sepulcro.

Una vez me estuve allí hasta que tocaron los Griegos á maitines, ví sus ceremonias, y despues la Misa que celebraron, etc. En fin, en este santo lugar habria yo permanecido hasta la muerte, si no hubiera tenido necesidad de regresar pronto á Roma, á proseguir los asuntos que me tenia encargados mi colegio.

Dia 29, despues de decir Misa en el santísimo Sepulcro, ministré la sagrada comunión á mi compañero el Hermano Florentino Gomez, y le dí la profesion de Tercero allí mismo, por comision anterior que se tenia del Rmo. Guardian de Jerusalén.

En los tres dias restantes que estuve en este santo Templo, siempre dije Misa, ó en el santísimo Sepulcro, ó en el Calvario, y siempre saliendo á visitar en el dia los otros santos lugares que ya habia visitado. Solo me restaba el sepulcro de la santísima Virgen, del Sr. S. José, y los del Sr. S. Joaquin y Sra. Sta. Ana, que todos están en un templo que tienen los Griegos cismáticos en el Valle de Josafat, inmediato al huerto de Getsemaní. Antes de visitar este santo lugar previne algunos listones, y volviendo á otro dia por la mañana, lo gré el que los mismos Griegos me introdujeran al Sepulcro de la Madre de Dios, y despues de ado-

rarlo, tomé la medida con las cintas prevenidas, y habiendo visitado tambien los sepulcros de Sr. S. José, etc., me pasé á la cueva de Getsemaní, donde dije Misa, y subí al Monte Olivete para despedirme de aquel Santuario, y tomar algunas medidas ó plantas que llevaba, en la sagrada huella del Salvador. Hecho esto, me volví á Jerusalén.

Finalmente, habiendo visitado ya todos los santos Lugares con gran consuelo de mi alma, y á toda satisfaccion, no obstante los temores de la peste, habiendo visto en el breve término de un mes todo lo que hay remarcable en la Galilea, en la Judea y aun en la Samaria; determiné mi regreso para Roma. En efecto, el dia 3 de Julio á las cuatro de la tarde, salí con mis compañeros de la santa ciudad de Jerusalén, y me dirigí á la ciudad de Ramata, que ahora se llama Ramá; pasé por el Valle del Terebinto, lugar en donde el pastorcillo David ganó la famosa batalla contra el gigante Goliat; caminé toda la noche, y á la mitad de ella toqué en el pueblo de S. Jeremias, de donde era este Profeta, y donde siempre habian padecido mucho en su tránsito todos los pobres Religiosos. A nosotros nos sucedió cosa alguna.

Habiendo bajado las montañas de Judea, al descubrir las campiñas de Saron, encontramos un pequeño pueblo que llaman del Buen Ladron, tal vez porque allí seria donde este se ejercitaba en el hurto. Segnimos por las campiñas, y al amanecer llegamos á la ciudad de Ramá. Posamos en la casa que fué de S. Nicodemus, que hoy es convento de mi P. S. Francisco. En la tarde salimos á pie á ver las cosas notables de esta ciudad, tan célebre en la historia. Lo que mas me llamó mi atencion, fué los magníficos estanques subterráneos que fabricó santa Helena, formados con veinticuatro arcos de mu-



cha consistencia. Es tanta la abundancia de agua que pueden contener, que bastaria para proveer á toda la ciudad por dos años. Tambien admiré el célebre convento de los templarios, que ya casi está arruinado, aunque su alta y soberbia torre todavia subsiste despues de tantos siglos.

El dia 5 dije Misa en la misma habitacion de S. Nicodemus; y saliendo de allí llegué antes de medio dia á la ciudad y puerto de Jafa. Esta es el antiguo Jope, donde tuvo S. Pedro aquella vision misteriosa de la vocacion de los gentiles, en el mismo tiempo en que lo mandaba llamar Cornelio desde Cesarea de Palestina, que distará de Jafa como diez y ocho millas, para que lo bautizase. La casa en donde esto sucedió al Apóstol, era de Simón Curtidor, vecina al mar, en donde estaha alojado, y la que hoy es conuento de Franciscanos. Esta ciudad es tan antigua, que algunos atribuyen su fundacion á Jafet hijo de Noé; la tomaron los Romanos con lo demás de la palestina, despues los turcos, despues S. Luis rey de Francia, quien la reedificó y circundó de muros, luego volvió á caer en poder de los turcos, despues entró en ella Napoleón; finalmente, la recobraron los turcos, los que hoy la poseen. En esta ciudad, segun tradicion, se embarcó Maria santisima con san Juan Evangelista para Efeso. Aquí tambien se embarcó Jonás huyendo de Dios cuando lo mandaba á Nínive á predicar. Aquí mismo resucitó S. Pedro á la célebre Tabita.

El puerto no es muy bueno, y se puede decir que solo es una rada y en mi concepto es mas peligrosa que las de Bairut, Sidon, Tiro y S. Juan de Acre; pero es el puerto mas inmediato á Jerusalén, y por eso mas nombrado. En este se desembarcaban las maderas de cedro del monte Líbano.

que remitía de Tiro el rey Hirán para la fábrica del templo de Salomon, y aquí, finalmente, á los tres dias de mi llegada me embarqué para Bairut en un bergantin Maltés con ánimo de encontrar en aquel puerto un buque imperial, que en aquellos dias debia partir para la Europa. Pero desgraciadamente tuvimos mal tiempo, y á mi llegada á Bairut, se me dijo que este buque el dia anterior se habia dado á la vela para Italia. ¡Qué consternacion para mí! ¡Qué desconsuelo! Perdida aquella oportunidad, escaso de recursos, y necesitado de estar lo menos un mes en un pais cálido, lleno de mosquitos, y en todos modos intolerable, hasta que se proporcionase otro buque para Europa. Pero adelante, me conformé con mi suerte, y para hacerla menos triste, determiné encargar al Consul de Austria que me escribiera cuando se presentase buque, y retirarme yo al Monte Líbano, donde por lo menos disfrutaria un aire fresco. Así lo verifiqué, y tomando una pequeña barca dentro de pocas horas estaba ya en Yuni, poblacion situada al pie del Monte Líbano; allí alquilé bestias, y subí á lo alto de la montaña, y me alojé en el colegio de Arisa, que es de religiosos Franciscanos. En este pais solitario, delicioso y pintoresco, donde en lo mas ardiente del verano se goza de un air fresco, y cuyas vistas encantan, permanecí desde el 16 de Julio hasta el 1.º de Agosto, en que avisándome el Cónsul, que el mismo bergantin Maltés en que yo habia venido de Jafa estaba para marchar á Italia, segresé de mi desierto, y ajustado el embarque, el dia 5 del mismo mes en la noche me di á la vela para Europa. A los tres dias estábamos á vista de la Isla de Chipre; pero comenzó el viento á sernos tan contrario, y tuvimos tantas calmas, que entre las costas de Chipre y de Candia nos demoramos como unos



veinte dias, hasta que consumidos los víveres á los treinta dias de navegacion nos vimos precisados á arribar á la Isla de Malta para hacer nueva provision, y seguir nuestra ruta para Liorna; pero habiendo salido de dicha Isla, que en Liorna estaba haciendo el cólera morbo horribles estragos, nos determinamos á desembarcar en Malta, para hacer allí la cuarentena, y despues irnos á Roma, por Nápoles. Efectivamente, así lo verificamos, y pasados veinte y cinco dias de cuarentena hecha en un lazareto, en donde estuvimos del todo incomunicados, salimos á pasear un poco por la famosa Isla de Malta. Verdaderamente admiran las fortificaciones de esta Isla en las cinco ciudades que comprende; pero la mas fortificada y mas bella, es la Valeta, que era la residencia de los caballeros de Malta que gobernaban la Isla. Al presente está gobernada por los ingleses, quienes conociendo el caracter religioso del pueblo Maltés, no solo la han dejado en su culto, con sus parroquias, conventos, etc., sino que ni aun ellos mismos tienen allí culto público. Aunque es muy pequeña la Isla, los pocos terrenos que no están fabricados, se aprovechan bien, y no faltan allí frutas muy buenas, especialmente los melones y calabazas son muy particulares. Hay una cosa extraordinaria en esta Isla, y es, que las víboras ó serpientes, no tienen veneno, desde que naufragó allí S. Pablo, y una de ellas le mordió como refiere S. Lucas. Estas víboras trasladadas á otra parte tienen veneno, y vueltas allí lo pierden. Se encuentran en lo macizo de las peñas de este país unas lengüecitas como de víboras petrificadas que aprecian mucho los extranjeros. pues aplicadas á mordeduras de animales ponzoñosos, experimentan felices efectos. Yo conseguí unas cuatro lengüitas de estas, para llevarlas á México mi patria.

Habiendo estado ocho dias en Malta, pasada la fiesta de N. P. S. Francisco, nos aprovechamos de un Bergantín Napolitano que partia á Civitavechia, y el dia 5 de Octubre nos dimos á la vela para dicha ciudad, á donde arribamos el 11, y volvimos á hacer nueva cuarentena de diez dias.

El 28 del mismo llegué, por último, á Roma, y entré al convento de Araceli, con pasmo de los Religiosos, que no acababan de admirar cómo en tan corto tiempo habia terminado una peregrinacion tan larga y tan penosa. Pasé luego á ver al santo Padre, me recibió con mucha benignidad, y no dejó de admirarse tambien de que tan pronto hubiera regresado, y con tanta felicidad; le hablé del negocio de la causa del V. P. Margil, que aun estaba en poder del Promotor de la fé, y con la recomendacion de su Santidad, se aceleró el despacho.

He aquí en compendio, la sucinta narracion de un viage el mas feliz de mi vida, por las dulces emociones, consuelo y satisfaccion que en él experimenté.



## COSAS NOTABLES

DE LA

## PALESTINA,

Y OTRAS PARTES DEL LEVANTE.



Todos los países del Levante que están bajo el gobierno de los turcos, se hallan generalmente en la mayor decadencia. Despreciadas las letras, prohibido el estudio de la religion, paralizada la industria, y oprimida la humanidad por el mas horrendo despotismo, no es extraño el que los habitantes de estas poblaciones se miren sumergidos en la abyección y miseria. Desde que conquistaron con el alfange estos países opulentos, no han hecho otra cosa que destruir y aniquilar, sin edificar de nuevo. No se encuentran por todas partes sino ruinas lamentables de famosos edificios, y gentes infelices que mueven á compasion. Las casas, excepto el Diván en que procuran tener los turcos algun aseo, en lo demas son despreciables y sucias; las calles y plazas están llenas de inmundicias, en tanto grado, que si un camello muere en ellas, como aconteció varias veces, allí quedará inficionado el aire, hasta que el tiempo haya blanqueado sus huesos. ¡Qué horror me causaba el ver esto, haciendo comparacion con la culta Europa, y mucho mas con la extraordinaria limpieza de Toscana, en donde acababa de estar! Tal vez esta misma suciedad y abandono en

que viven los levantinos, cooperará en gran manera á excitar ó fomentar la peste, que casi todos los años se padece en el Levante; por cuya causa todos los buques que vienen de allá á la Europa, sea en la estacion que se fuere, no son recibidos si no es con cuarentena, como yo la pasé; porque siempre se dice que vienen de países apestados. Esta peste abominable y contagiosa consiste en ciertos bubones ó tumores, que salen por lo comun en las ingles, (aunque tambien suelen atacar otras partes del cuerpo) y dentro de pocas horas se gangrenan, y causan regularmente la muerte. En el año pasado de 1834, atacó á veinte y un Religiosos Franciscanos en el convento de S. Salvador en Jerusalén, y solo dos escaparon y diez y nueve murieron. Esta peste solo se comunica por el contacto, y así que comienza á estenderse en un lugar, no hay mas arbitrio para escaparse, que cerrar las puertas, no comunicar con nadie, ni tocar cosa alguna de fuera, si no es después de bien lavado ó perfumado.

En los templos magníficos que tenían en aquellos lugares los católicos, han hecho los turcos sus mezquitas ó mosqueas, como ellos llaman, y allí ocurren continuamente á hacer su oracion; pero con tales acciones, gestos y ceremonias, que algunas veces me movian á risa, y otras me causaban compasion. No tienen en las mosqueas imágenes ni altares, ni cosa que parezca á nuestros templos, sino solamente un nicho pequeño excavado en la pared, que esté mirando á la Meca. En lo alto de la mosquea se eleva una torrecilla redonda, al modo de las chimeneas inglesas, con una baranda al rededor, y allí sube el *Santon* ó Turco que cuida aquella mosquea, á dar unos gritos destemplados para llamar á la oracion; porque entre ellos no se permiten campanas. Antes de que llegue el dia, ya están clamando



do; lo mismo hacen á las doce del dia, y lo mismo al ponerse el sol, y tambien á las diez de la mañana, y á las cuatro de la tarde y ocho de la noche. Las palabras que dicen en Arabe equivalen á estas: „No hay mas Dios que uno, y éste es grande, y des- „pues su profeta Mahoma, el cual os saluda.“ Esto gritan, y repiten sin cesar por un gran rato.

Pero para hablar con mas método de las cosas que observé en los países levantinos en el poco tiempo que estuve en la Siria, diré primero alguna cosa sobre el terreno y producciones, y despues hablaré de los habitantes y sus costumbres. No pude andar ni registrar mucho; porque ni mis ocupaciones, ni el tiempo calamitoso de la peste me lo permitia; pero lo poco que observé fué lo siguiente.

El terreno de Levante me parece muy fértil, pues noté que todas las frutas de la Europa se dan allí con abundancia, y de muy buena calidad, especialmente el albaricoque, que nosotros llamamos chavacano ó damasco, es allí muy rico, con la particularidad, que la almendra que tiene dentro, es dulce y sabrosa. El higo y el dátil son tambien muy especiales. En Sidon vi tambien plátanos, aunque no de la mejor calidad. Las tunas grandes, que nosotros llamamos mansas, y los levantinos les dicen higos de Faraon, son tambien allí abundantes, especialmente en la Galilea y Judea.

El terreno mas fértil, segun mis observaciones, es el de la Palestina, especialmente la Galilea, aunque por desgracia está casi abandonado del todo; pero la grosura y robustéz de las plantas que produce, el color de la tierra, y las muy pequeñas porciones de terreno cultivado, denotan la mas extraordinaria fecundidad. Muchas yerbas aromáticas y flores exquisitas que nosotros cultivamos en los jardines, se producen allí naturalmente en los cam-

pos. Estos se miran cubiertos de tomillo, ruda, orégano, etc., al mismo tiempo que esmaltados de claveles, azucenas, varas del Sr. S. José, y otras flores muy hermosas. Solo la Samaria no me pareció tan fértil; pero allí suple la industria, pues los samaritanos me parece son los únicos levantinos laboriosos. Verdaderamente causa placer andar por la Samaria, porque está tan cultivada como la Toscana; yo me admiraba de ver por todas partes tantas montañas áridas, y riscos elevados, cubiertos al mismo tiempo de árboles frutales, plantados con orden y simetria. En la Judea se da la uva con abundancia, y las sandías, que llaman allí *Pastecas*, son muy particulares, especialmente las de Ramá, Jafa, y Cesaréa de Palestina.

En el Líbano todas aquellas montañas están cubiertas de moreras y de cepas, de suerte que no se recoje allí sino solo seda y vino. Cada familia tiene un pedacito pequeño de montaña que cultiva, y con la seda y vino se proporciona los demás renglones necesarios para la vida.

En esta feliz montaña del Líbano no hay turcos sino católicos, la mayor parte maronitas y gentiles que comunmente llaman Druses: estos no se sabe que religion tienen, porque han tenido empeño en observarlos, y nada han podido investigar sobre su culto y costumbres religiosas. No hay en el Levante abundancia de ganados, sino muy pocos, y estos son de una figura particular. Los toros y vacas son muy cabezones y sin cuernos, ó los tienen muy pequeños: y son muy mansos. Los carneros tienen la cola muy ancha, de suerte que les forma como una de aquellas anqueras que usaban los mexicanos en las sillas de montar, y en esta parte del cuerpo es donde crian los carneros la mayor grosura, y hay algunos cuyas colas pesan mas de treinta